

- Parécesme una avecilla enjaulada.
—Justo, justo.
—Pues hay que saltar, brincar, correr, trastear, golosinear, gatear, en una palabra, divertirse, y divertirse mucho.
—En cuanto uno se mueve, le ponen lo que puede nombrarse como un tomate.
—Yo tambien he sido monago.
—¿Su merced?
—Mi merced.
—¿Y jugaba mucho?
—Cuanto me pedía el gusto.
—¡Qué feliz!
—Felicidad que podías tener á tus años, si usaras las tracamundanas que yo usaba cuando tenia tu edad.
—¿Su merced gateaba por los tejados?
—Como un verdadero gato.
—¿Y saltaba los corrales?
—Como un zorro.
—¿Y subia á los árboles?
—Como un mono.
—¿Y se ponía para jugar á decir misa las albas á puerta cerrada?
—Como un cura.
—¿Y cogía las muletas del Prior para hacerlas caballo, y las tijeras para hacerlas espadas, y jugar á los soldados?
—Pues no que no.
—¿Y convertía los anuncios de las novenas en cascos guerreros y colgaba de ellos el hisopo á guisa de pluma?
—Seguramente.
—¿Y entraba en las despensas?
—Á mi arbitrio.
—¿Y aquí cogía un melon, alla una longaniza, acullá un bollo?
—Y me atracaba como pavo en víspera de Navidad.
—¿Y se sorbia el almíbar?
—Como que lo buscaba y lo encontraba cual si fuera una mosca.
—¡Qué feliz!
Dijo el monago suspirando.
—Yo no dejaba cosa con cosa.
—Ya se vé; y hacia bien su merced.
—No habia pan ó queso, que no encentara con mas arte que un raton.
—Bien hecho.
—No habia colmena que yo no castrase, aunque me comieran la abejas.
—Bravo, bravo.

- No habia rana que yo no persiguiera en las orillas de los estanques.
—Bravo, bravísimo.
—No habia nido que no callera en mis manos.
—Bravo, bravo.
—No habia libro que yo no escondiera como una urraca.
—Los libros, ¿quién habrá inventado los libros?
—Ni plana de camarada sobre la cual no vertiese el tintero salido de madre.
—Los tinteros, las plumas, las planas? habia que exorcizar todo eso.
—Así la niñez fué para mí, aunque criado entre las cuatro paredes de un convento, verdadera delicia.
—¡Qué feliz su merced!
—Felicidad que tú podrias tener tambien.
—¿Cómo? Si aun no hago nada, cuando ya me castigan y me ponen como un San Lázaro. Mi cabeza la han madurado á pescozones. La mano y la palmeta parecen una sola y misma cosa. Mis espaldas, ni las del Nazareno. Mis posaderas, no sirven ni para sentarse, segun lo magulladas. Parezco el niño de la pasion.
—De todo tienes tú la culpa.
—¿Yo?
—Tú.
—¿De veras?
—De veras.
—Explíquese su merced.
—Atiende.
—Veamos.
—Aquí, en estas casas, siempre hay bandos.
—Como entre los chiquillos.
—Justo, como entre los chiquillos.
—Figúrate que fueras á una pedrea, y en vez de tomar parte por éste ó por el otro, te quedaras en medio. ¿Qué te sucedería?
—Que de seguro seria el primero en sacar rota la cabeza.
—Pues ya se vé.
—Eso haces aquí.
—Tengo una gana de ser obispo para tres cosas.
—¿Para qué?
—Para tres cosas.
—¿Primera?
—Para ponerme todas las albas y todas las casullas de la sacristía.
—¿Segunda?
—Para tragarme todas las golosinas que hay en la despensa.
—¿Tercera?

- Para excomulgar á todas las monjas.
—¿Ya sabes qué quiere decir eso de excomulgar?
—Yo, no.
—¿Pues cómo lo dices?
—Porque debe ser cosa muy mala cuando tanto la temen las buenas madres: cosa así como azotes.
—Vamos, óyeme.
—Hable su merced.
—Unete á mí, haz cuanto yo te diga: que á mi sombra loquearás lo que quieras loquear sin temor á disciplinas ni á palmetas.
—Pues ahora mismo póngome á sus órdenes.
—Toma.
Y echó en el suelo varios escudos.
—Daca.
Gritó el muchacho corriendo tras aquellas monedillas que le deslumbraban materialmente.
—¿Vas á hacer lo que yo te diga?
—Pues no lo he de hacer.
—¿Con mucho silencio y mucho sigilo?
—Con lo que Su Paternidad quiera.
—¿La enferma que cuida el Padre Serafin está mejor?
—Vaya si está.
—Tú le llevas los caldos.
—A mediodía.
—Justo, á la hora de mi trabajo.
—Pues bien, guárdate este frasquito, y mañana le echas tres ó cuatro gotas en el caldo.
—Perfectamente.
—En seguida se quedará como muerta.
—¿Qué dice su merced?
—Parecerá muerta; pero no lo estará.
—Eso es otra cosa. No me gusta jugar con los muertos.
—Será un sueño que le devuelva las fuerzas.
—¡Ah! ¡Ah!
—Pero toda la gente creerá que está muerta.
—Y se asustarán mucho.
—Seguramente, pero no te asustes.
—¿Yo? Ni por pienso.
—Y en cuanto oigas gritar y gimotear; ven y dile al Padre Serafin que su enferma se ha muerto.
—Lo haré.
—Y verás los escudos que te doy.

- Magnífico.
—Y verás los palmetazos que te ahorras.
—Bravo, bravísimo.
—Y verás lo que juegas, y saltas, y te diviertes.
—Bravo.
—Toma el frasco.
—Bien.
—Guárdatelo.
—Corriente.
—No te olvides que es un juego.
—Un juego.
—Con que echas la cantidad que hay ahí se hará la muerta como tantas veces tú, cuando quieras engañar á los otros monagos, te haces el dormido.
—Cumpliré sus órdenes.
—Como tú estarás en el secreto, ya puedes reírte mientras los demas lloran.
—Vaya si me reiré para mi capote.
—Y no olvides de entrar en la galería muy azorado y llamar al Padre Serafin muy de prisa.
—Lo haré.
—Y ahora sí que empieza verdaderamente para tí el tiempo de los juegos.
Al día siguiente, y á la hora señalada, adornábase con sus arcos por segunda vez Lucrecia para representar á los ojos de Filippo el acabado modelo de la Virgen María. Su dueña, Brígida, que, segun hemos visto, por especial permiso del Superior, habitaba en aquella clausura, medio monástica y medio mundana, á que su señora se reducía tan fácilmente, la aderezaba como de costumbre, aunque refunfuñando y maldiciendo; propio achaque de carcomidas solteronas. En efecto, comprendían muy difícilmente, ó mejor dicho, no comprendían de ninguna suerte las cortas entendederas de Brígida como aquella mujer, tan orgullosa, que con riesgo de grave escándalo, se había negado en pleno San Juan Bautista florentino al más útil y más espléndido matrimonio del siglo, podía conformarse con ofrecerse como norma y modelo á un pintor cuasi loco. En realidad, explicábase tan inexplicable fenómeno por aquel secreto que ha subordinado los satélites á los planetas y los planetas al sol; que ha juntado las moléculas contrarias por medio de afinidades misteriosas, cristalizándolas en los cuerpos; que ha compuesto de gases enemigos el aire respirable; que ha enviado desde corrientes magnéticas á la aguja para atraerla al Norte hasta pólen misterioso á la palmera del desierto para fecundarla, y hacerla fructífera; que ha dividido en sexos así las flores como los animales, para juntarlos y confundirlos en nupcias eternas; que ha cincelado desde el nido hasta el hogar; que ha puesto cuerdas en el corazon y cuerdas en la lira; que ha enseñado sus

cánticos al ruiseñor y sus versos al poeta; que ha teñido desde el iris hasta el cuadro; que ha avivado el pensamiento en la inteligencia, y ha descendido del cielo con las revelaciones divinas, más vívido que todos los agentes del Universo; con el esplendor de la luz, con la universalidad del calor, con la fuerza de la atracción, alma del alma, vida de la vida, Verbo de la Naturaleza, de la Humanidad, y de Dios. Sucede con el amor que llevándolo todos con mayor ó menor conocimiento de lo que llevamos, así en el corazón como en los labios, pocos lo comprenden, y ninguno lo explica, pues tienen de él menos ideas, y sobre él menos palabras y frases aquellos que con mayor viveza lo sienten. Y por consecuencia, la pobre y adocenada Brígida no podía comprender cómo dejaba su Lucrecia el amor fecundo por el amor soñado, el matrimonio rico por la celda escueta, el trono de un castillo por la peana de un modelo.

—Ramo de locura padece, ramo de locura.

Decía, pues, mientras acababa de adornar á su señorita.

—Miren qué manía.

Contestaba Lucrecia.

—¡Manía! Desde que parecía un gorgojillo se lo dije á su padre. Esta muchacha tiene rarezas que asustan. Génio y figura hasta la sepultura.

—Achaques serán del amor propio. Téngome por la mujer más razonable de toda Italia. Como que creo en la felicidad, y la aguardo de un matrimonio feliz y de un amor tranquilo.

—¿De un matrimonio feliz? ¿Quién lo dijera? ¿Quién podría creer que fuese tal tu pensamiento? A mí no me engañas.

—Seguramente; mil veces me lo has oído. No comprendo la felicidad sin la virtud. Y creo la virtud primera de una mujer la consagración á la familia. Y creo que consagran esta consagración el sello de las religiones y el respeto de los hombres. No quiero matrimonio sin amor; ni amor sin matrimonio.

—¿Pues cómo diablos, quien así piensa, se encierra en un convento? ¿Qué diríamos de mujer decidida para guardar mejor su virtud, á recluirse en una mancebía? Unir la felicidad al matrimonio, y para casarse, venirse á un convento, no se le ocurre al candido que asó la nieve en el portal de Belen. Buenos partidos se encontrarán aquí entre sacristanes y monaguillos, curas y frailes. Como no se enamore una de ese padre Serafín, que parece un santo de talla, ó de ese padre Filippo que parece un diablo suelto.

Lucrecia, al oír esta segunda proposición de Brígida, lanzó profundo suspiro, y maquinalmente se llevó la mano del corazón á la cabeza y de la cabeza al corazón, como quien pugna por alejar un afecto incómodo ó un mal pensamiento. Quien observara en aquella hora crítica sus ojos, viera pasar extraña nube que también oscurecía la frente. Y viera mas, viera que tras una contracción dolorosa, tomaba su semblante una firmeza cierta, y

que irguiéndose, y dando con el pié en tierra como para asegurarse del terreno que pisaba, decía, ó murmuraba estas palabras:

—¿Por qué idea tan tenaz y tan extraña? ¿Por qué recuerdo tan combatido y tan fuerte? Le ofendo á él y me ofendo á mí misma. Ni yo le inspiro otro afecto que el culto artístico mas ó menos fundado á lo que llama, con razón ó sin ella, mi hermosura plástica; ni él me inspira otra cosa que una admiración ferviente y profundísima.

—¿Qué oigo por ahí?

—Nada, nada.

—Esos frailes son uno camastronazos.

—¡Brígida!

—¡Lucrecia!

—No hables mal de los siervos del señor.

—No digo cosa que pueda ofenderles. Pero no se enamora una de quien quiere, sino de quien puede. Donde menos se piensa salta la liebre. Y si no veo mas que frailes, Dios me tenga de su mano, pero estoy segura de que acabo por enamorarme de un fraile. La Virgen Santísima nos preserve de tamaño tropezon: que cosas peores suelen verse en este pícaro mundo.

—Pero hay mujeres á las cuales ni en chanza deben decirse ciertas cosas. El amor tiene muchos matices, y el primero y más suave y más sencillo es la estimación. Ningun hombre puede amar á una mujer á quien no estime. Y la mujer sin virtud no puede aspirar á ningun género de estimación, ni por consiguiente de amor. Es el pudor como el aroma de todas las virtudes femeniles. Así, la mujer que no tiene pudor, resulta como si no tuviera ninguna virtud. Yo que luché con mi padre cuando quiso consagrarme á un matrimonio sin amor, lucharía conmigo misma y vencería si los impulsos de mi corazón me llevaran á un amor incompatible con el matrimonio. Quiero amar, pero sin tener para qué encubrir ese amor ante el mundo. Quiero amar, pero sin tener para qué temblar ante Dios. Quiero amar, pero con la conciencia tan satisfecha como el corazón. De otra suerte, preferiría morir á amar, lo prefiero sin vacilaciones y sin dudas. Me conozco y conozco la energía de mi voluntad. Gústame ser querida, pero á condición de ser antes apreciada; porque el aprecio es el grado primero del amor.

—Bien, bien; mas pensando así, no se encierra una mujer en estos conventos, donde solo por milagro divino puede entrar un novio. Los ángeles del cielo no han de casarse con las mujeres de la tierra. Y por aquí, ó sacristanes y monaguillos y frailes incasables; ó ángeles y santos que harto tienen con su bienaventuranza para meterse en nuestras pasiones. Por consiguiente, la bella Lucrecia Butti, al comienzo de sus días, se ha veni-

do aquí para destinarse á lo que la llamaran los años de su vejez, á vestir imágenes.

—Vaya, déjate de tonterías y vamos pronto á nuestro destino: que el pintor nos estará esperando.

En efecto, Lippi tenia arreglada ya completamente su faena. Los chiquillos que adornaban la peana en el primer día, no se veían allí por una disposición que ya conocemos. Los discípulos, que acababan de disponer lo más necesario al trabajo, habíanse ido á un gesto del artista. Las educandas, retenidas en sus clases, no parecían por ninguna parte. Las monjas mismas acataban escrupulosamente la orden superior y se reclinaban en sus celdas. Por la reja de la clausura, allá muy lejos, solamente se divisaba la avizora Berta, con sus ojos más aguzados que un lince, y sus oídos más abiertos que un ciervo. Brigida misma recibió una advertencia previa de que su sempiterna charla alejaba las inspiraciones del artista, y embarazaba los progresos de la obra. Por consiguiente, el taimado Filippo se frotaba las manos y se apercebía á su empresa de una tenacidad verdaderamente extraordinaria. Dábase largos paseos desde un extremo á otro extremo de la galería como quien goza al verse entregado á sí mismo en aquella desierta soledad. Absorto estaba y dispuesta á decir palabras que fueran decisivas en su vida y resolviesen pronto su destino, cuando la nube que temía se condensó a la hora presentida; el peligro que le amenazaba estalló tal como lo anunciara: Serafin apareció así como á la descuidada, y se asentó cerca del cuadro en ciernes con estudiada indiferencia. Y al poco tiempo vino Lucrecia, y tras Lucrecia, metiendo mucho ruido, el monago, que representó á las mil maravillas su comedia, y obtuvo el apetecido resultado. Estaban, pues, enteramente solos, el pintor al pié de su cuadro, la jóven sobre el pedestal de su peana. Oigámosles: que para oído me parece su interesante coloquio.

—Lucrecia, exclamó Lippi, ¿no os han dicho nada mis ojos?

—Me han dicho que, despertando mi imagen real en vuestra mente la imagen ideal con que soñáis, veis en mí la ocasion de elevaros al pensamiento generador de esas vuestras obras.

—La mirada es la concentracion del alma en un punto, en la retina, la cual brilla sobre los mares de la vida como la estrella en el espacio á los ojos del navegante y como la idea en la inteligencia á los ojos del sábio. ¡Ah! Solo habeis visto en el centellear de mis pupilas abrazadas luces de inspiracion, ensueños de poesia, ideales de pintura, amores frios á las artes muertas y disecadas.

—¿Qué otra cosa pudiera ver? Vos sois el pintor que traza una mujer ideal en presencia de otra mujer real; yo el modelo que despierta ciertas ideas como suele una melodía conocida; el símbolo que despierta ciertos recuerdos, como suele una imagen consagrada; el motivo para que ascen-

dais á las cimas de lo ideal y desde ellas invoqueis la santa inspiracion. Más que eso no podeis decirme. Ni vuestra generosidad os lo inspirara; ni lo consintiera mi orgullo.

—Lucrecia, mis ideas han rozado esa frente como alas invisibles; al través del hábito de estameña mi corazón se ha henchido mil veces y ha estado á punto de estallar como una tormenta; el fuego de mi alma ha centelleado en mis ojos; y mis labios trémulos movidos por un alma apasionada, han modulado la palabra que vagaba á un mismo tiempo en vuestra alma y en mi alma, comprendiéndose ambas mutuamente al través de su silencio, como mutuamente se esclarecen dos mundos á través de la distancia.

—Filippo, nada os he dicho porque nada tenia que deciros. Si mi corazón me impulsara á otra cosa que ha serviros de plástico modelo en vuestros empeños de artista, rompería mi corazón teniendo valor para aplastarlo, si esto fuera hacadero, con desprecio. Ningun deseo que no pueda confesar ante Dios y los hombres se elevaría de mi alma, porque más arriba que todos mis deseos se alza mi conciencia con fuerza bastante para someterlos y acallarlos. No me habéis de nada que fuera indigno de vos y de mí, pues no lo podrían proferir vuestros labios, ni lo podrían escuchar mis oídos. Jamás tendrá mi corazón aquel que no tenga mi estima. Y jamás tendrá mi estima aquel que hiriera mi pudor. Filippo, hablemos de otra cosa.

—¿De otra cosa? ¿De qué podemos hablar nosotros? Como la lira se ha hecho para que suene, el alma para que ame. Dos nubes se adelantan allá en los cielos, porque se buscan; dos aves vuelan de cima en cima, porque se desean; dos estrellas fulguran en la inmensidad porque se miran; dos ruiseñores cantan en el bosque, porque se aman; dos corolas se abren sobre un tallo, porque se necesitan; dos alientos se confunden, porque salen de dos pechos enamorados, y dos jóvenes se abrazan, porque ni son ni pueden ser libres para evadirse á la fuerza de todos los seres, al bendito amor.

—Filippo, estais loco. Desconocéis quien soy; olvidáis quien sois. Yo una jóven florentina educada en el honor; vos un fraile consagrado á la religion. La conciencia, más espaciosa que el cielo, separa mi corazón del vuestro; y Dios mismo separa vuestro corazón del mio.

—Dios no pudo escuchar votos que no estaba en mi mano cumplir. De aceptar mi involuntario holocausto, borrarame con su gracia del alma el amor. Aquí no hay entre los dos ningun otro muro más que las supersticiones del mundo. Despreciémoslas desde las alturas de nuestra felicidad. Vámonos á los desiertos. Al revés del duro esposo de Pia de Tolomei que la llevó á las venenosas marismas del Volterra, donde habitaban la fiebre y la muerte, yo os llevaré á los sanos campos de Sicilia, donde la vida es una égloga de libertad y el amor tan natural en las almas como la luz en los